

Paul Schostakovsky

## El centenario de Pushkin



El 12 de febrero último las letras rusas sin distinción de colores y matices políticos, celebraron el centenario de la muerte de Alejandro Sergéevich Pushkin. No me parece tarea fácil la de presentar aquel gigante literario a los lectores iberoamericanos. Hay dos dificultades a vencer: la primera es puramente técnica y reside en la imposibilidad de traducir las obras poéticas de Pushkin en un idioma extraño. E. M. Vogüé—que entre los críticos occidentales fué uno de los mejores conocedores de la literatura rusa, y que podía apreciar sus obras maestras en el idioma original—dijo en el prólogo de su libro «Le Roman Russe»:

«Los poetas rusos no están y jamás serán traducidos. Un poema lírico es un ser viviente, cuya vida furtiva reside en el arreglo de las palabras; aquella vida no se transpone en un cuerpo extraño»... Y, hablando propiamente de Pushkin, agregó: «traducir aquel lenguaje de diamante es una tarea como para enloquecer de desesperación...»

De veras. La obra poética culminante de Pushkin es su poema lírico «Eugenio Oniéguin», escrito enteramente en versos chispeantes de genio y de vida, que suenan como doblones de oro de finísima ley, todos iguales en brillo y resonancia, derramados con una facilidad vertiginosa y un derroche loco. Trabajo perdido es buscar a través de las doscientas treinta páginas de aquella obra un solo verso vacío, puesto por necesidad de encontrar una rima o de hacer un verso lindo. No. Por lo largo de aquellas estrofas interminables—que son casi cuatrocientas—junto con el desarrollo de la acción novelesca, desfila un sinnúmero de personajes, que representan la sociedad rusa entera, desde arriba y hasta abajo de su escala social; desfilan tipos, encontrados y clavados cada uno en su lugar como mariposas raras en la colección de un entomólogo; desfilan los usos y costumbres nacionales; desfila la naturaleza rusa, en una palabra, desfila la Rusia entera, tal cual, con todos sus méritos, defectos y encantos, con sus grandezas y miserias. Calcado sobre lo vivo con una maestría incomparable, el cuadro es tan claro y sugestivo, los personajes, esbozados a veces de paso con dos o tres palabras, son tan acertados, tan reales, que el lector se encuentra transportado a la Rusia de hace un siglo, y Pushkin le facilita una visión del ambiente de antaño, con una clarividencia tal, que los rusos conocen y sienten aquella época a través de «Eugenio Oniéguin» mucho mejor que a través de cualesquiera otros estudios históricos.

Del mismo modo, la gran época de Pedro el Grande, la gloriosa epopeya de su victoria sobre Carlos XII, la vemos a través del poema de Pushkin, «Poltava», como si la hubiéramos presenciado. Describiendo la famosa batalla, sus versos resuenan como cañonazos; hacen trepidar la tierra al paso de la caballería que carga; se oyen gritos y choques furiosos, el chis-chas de sablazos, el estrépito de la fusilería, los lamentos de los moribundos; y en medio de aquel infierno, en cada verso se afirma la esperanza de vencer, se acerca la victoria alada; un último esfuerzo y se estremeció el enemigo y de repente, cubriendo todos los ruidos de la batalla, truena: ¡Hurra! Un empuje más y los suecos invencibles nos vuelven las espaldas, y sus muertos cubren la estepa como un negro enjambre de langostas... Y luego asistimos al festín de la victoria; en medio de sus tropas Pedro convida a los generales rusos y suecos, y festejando a los gloriosos prisioneros brinda por su salud, por la salud de nuestros profesores en el arte de vencer...

¿Cuál es el ruso que no sabe de memoria aquellos versos?

Y si pasamos revista a todos los episodios y personajes históricos que la obra de Pushkin abarca, tendremos que decir lo mismo de la época de Ivan el Terrible, de la de Boris Godunov, del período de interregno, de la epopeya de Pugachev, presidiario que sacudía el poder de Catalina la Grande, y cuyas bandadas, después de haber puesto a fuego y sangre las pro-

vincias del Volga, amenazaban ya a Moscú... Los hechos y los personajes, presentados por Pushkin sin afectación alguna, aparecen bajo una luz tan viva y real, que el lector los acepta naturalmente, como algo de cierto, de indiscutible; a tal punto que sería equitativo decir que si el gran poeta se equivocaba en sus apreciaciones o sacrificaba la justicia a sus simpatías personales, junto con él toda la Rusia culta se equivocaba y continúa equivocándose hasta hoy en día, sacrificando la justicia a sus simpatías personales, ya que todos están convencidos de que los tipos descritos por Pushkin no son inventados, sino sacados directamente de la vida y colocados dentro de las estrofas de sus poesías para que se vean y se aprecien mejor...

¿Cómo traducir, entonces aquellos versos a un idioma extranjero? Para hacerlo, el traductor tendría que poseer cualidades que nunca se encuentran juntas: ser un poeta genial en el idioma en que traduce y, al mismo tiempo, ser ruso de lenguaje y de espíritu. De otro modo el fracaso está asegurado. El mejor ejemplo de lo acertado de mi afirmación lo dió Tourguéniev, a quien Flaubert pidió traducirle algunos versos de Pushkin. Puede ser que Flaubert no le pidiera nada, ya que la soberbia literaria francesa es tanto más reclusa en sí misma cuanto menos justificada es, pero, sea como fuese, lo cierto es que Tourguéniev tuvo la imprudencia de hacerlo y, a pesar de que era Tourguéniev, a pesar de que el idioma francés no tenía para él misterio alguno,

Flaubert, después de unas pocas estrofas bostezó y, por todo cumplimiento le dijo: «muy común su poeta...»

Lo que puede hacer un genio, puesto en condiciones indispensables para lograr éxito, lo comprobó el mismo Pushkin, que sacó de una compilación pseudo-ilírica de Merimée (de la «Guzla»), sus «Canciones de los Eslavos del Occidente». Informado de esto Merimée pidió perdón a Pushkin, creyéndolo víctima de su involuntaria mistificación. Desde luego, leyendo aquellas «Canciones» ningún eslavo puede negarla; con toda evidencia son eslavas y, como tales, quedaron en la literatura rusa al nivel de las poesías populares más auténticas.

Ciertamente, las dificultades de traducción no son las mismas para las obras escritas en prosa. Pero los lectores iberoamericanos las conocen a través de traducciones francesas, alemanas o inglesas, que—por incompetencia o falta de sentimiento de responsabilidad de los traductores—han perdido su sabor original, cuando no han quedado desfiguradas por completo. Eso da tanto más lástima cuanto que entre los idiomas europeos, el más apropiado para rendir el verdadero sentido de obras literarias rusas es, sin duda alguna, el castellano; y esto por dos razones:

La primera reside en la existencia en los dos idiomas, y solamente en ellos, de los diminutivos, aumentativos y despectivos, cuya aplicación se extiende, además de los sustantivos, a los adjetivos y algunos ge-

rundios, participios y adverbios, lo que permite expresar una infinidad de matices.

La segunda, en que las leyes que rigen la construcción de un período son muchos más flexibles en el ruso y en el castellano que en otros idiomas; lo comprueba la riqueza fabulosa de giros castellanos que están fuera de las reglas estrictas de la gramática.

Pero, volviendo al tema, tengo que decir que dado la imposibilidad de traducir las poesías de Pushkin, y dado lo imperfecto de las traducciones que ponen al alcance de los lectores iberoamericanos su prosa, un estudio crítico de su obra en castellano se hubiera parecido al cuento de un viajero que, de vuelta de un país lejano e inaccesible, contara su encuentro con un personaje genial. Suponiendo que los oyentes le hayan creído sobre su palabra, ¿cómo explicar el significado nacional y universal de aquel genio? En esto reside la segunda dificultad que, creo nadie ni nunca podrá salvar por razones obvias: hablar del significado de Pushkin es hablar de Rusia y de los rusos; es dar una idea cabal del enigma que ningún extranjero pudo todavía resolver. Sin embargo, vamos a ensayar una aproximación, a indicar un camino para acercarse a la apreciación del significado de Pushkin para la Rusia de antaño, para la Rusia de hoy, para la Rusia de siempre...

El siglo XIX fué el Siglo de Oro de las letras rusas: empezó con Pushkin y terminó con Tolstoi, pasando por Gogol y Goncharov, Tourguéniev y Dostoiewski, sin hablar de «dioses menores» que fueron

muchos. La poesía rusa florecía, representada por una pléyade de poetas imperecederos: por el bardo ruso Derjavin, por el precursor y maestro de Pushkin, Jukovsky; por los poetas por excelencia populares como Koltzov y Nikitin; por los nobles Lermontov, Tiutchev, Alexis Tolstoi, A. Fet, Polonsky y Maikov, cuyos versos llenan los manuales de la literatura rusa como ejemplos de versos clásicos. No hay duda que son aquellos titanes de la pluma los que formaron el espíritu de los intelectuales rusos, tal cual el Occidente lo conoce hoy en día. Entre ellos, el primero por la importancia de su papel fué Pushkin. Si los intelectuales rusos conocen la historia de su país, quiero decir, si además de la mera enumeración de los datos cronológicos, ellos la entienden, sienten y la quieren el mérito lo tiene Pushkin. Porque su concepción de los personajes históricos es específicamente rusa, es decir, pan-humana; la ausencia de cualquiera tendencia política, social o meramente doctrinaria hace que los personajes que Pushkin describe pertenezcan a la humanidad entera, y sus cualidades o defectos, aun específicamente rusos, por ser humanos, no hacen más que subrayar su pertinencia al plan universal. Y como el cerebro y el corazón aceptan con suma facilidad todo lo que es humano, los personajes de Pushkin quedan grabados como si fueran seres vivientes, que cada uno de los lectores ha conocido, apreciado, odiado o querido. Y creo que no sería exageración afirmar que por los resultados alcanzados, Pushkin fué el más genial

profesor de historia rusa. Lo maravilloso es que continúa siéndolo...

Pushkin profesaba todos los géneros literarios. En la poesía su musa tomaba las formas y los pies más variados: odas, elegías, baladas, cuentos populares, obras líricas y épicas, sátiras y epigramas se suceden en una serie infinita, y lo notable es que cualquier verso de Pushkin se reconoce por su forma perfecta, por la facilidad asombrosa de su giro y por no sé qué sabor de genio que le es propio. Su prosa fué también variada: la novela de aventura y la novela histórica, ensayos históricos, cuentos y críticas literarias... hay de todo. ¿Qué decir de aquellas obras?...

Un crítico chileno de mayor aprecio afirma que en la literatura hay solamente dos géneros: el género bueno y el género malo. Pushkin hubiera podido ser una confirmación flagrante de aquella verdad: sea cual fuese la clasificación académica de cualquiera de sus obras, lo menos que se puede decir es que ella pertenece al género bueno. Que es realmente así, que sus obras son imperecederas lo comprueba la popularidad del poeta a cien años de intervalo; lo comprueba la cantidad de sus poesías que pasaron al programa de escuelas, aun proletarias; lo comprueba un sinnúmero de expresiones y versos que forman hoy en día parte integrante del modo de hablar ruso, como adagios o máximas; en fin, lo comprueba la cantidad de sus obras puestas en música: las óperas «Ruslan y Ludmila» de Glinka, «La Rusalka» y «Don Juan»



de Dargomijsky, «El Prisionero del Cáucaso» de César Cui, «Boris Godunov» de Musorgsky (ópera que dió vuelta al mundo entero afirmando la superioridad de la música rusa), «Eugenio Oniéguin» y «La Dama de Espada» de Chaikovsky, «Dubrovsky» y «La Hija del Capitán» de Napravnik, «Mozart y Salieri», «El Zar Saltan» y «El Gallo de Oro» de Rimsky-Korsakov, están escritas sobre letra de Pushkin; en cuanto a los romances escritos sobre sus versos, no hay posibilidad de numerarlos.

La bibliografía referente a Pushkin alcanzó durante un siglo el número increíble de unos diez mil estudios, obras, ediciones originales y traducciones, entre los cuales se cuentan por centenas los trabajos y estudios extranjeros. Previengo que referirse a estos últimos es bastante peligroso, ya que el espíritu de Pushkin escapa al estudio de los extranjeros, como todo lo específicamente ruso. Sobre este tema—la dificultad que tienen los extranjeros para traducir, comentar o criticar a los rusos—Dostoiewski fué demasiado explícito en su «Diario» para que sea necesario insistir más. Hoy en día, los artículos aparecidos en varios órganos de la prensa extranjera con motivo del centenario de Pushkin, son testigos fidedignos de aquella afirmación. Sin hablar de errores groseros, que provienen de la ignorancia de los críticos, como, por ejemplo, la afirmación de que Pushkin era casi el único poeta ruso, y cosas por el estilo— a las cuales los ru-

sos están acostumbrados y que leen sin emocionarse— los estudios de la gente aun concienzuda siempre contienen interpretaciones ingenuas; por ejemplo, contando detalladamente el argumento de «Eugenio Oniéguin», el autor o el traductor de un estudio serio hace hablar a Tatiana con Oniéguin (en la última escena del poema) en segunda persona del singular, y con esto basta: la distancia infranqueable que les separaba siempre y cuyos motivos, precisamente, sirven de trama a todo el poema, no existe más, y «Eugenio Oniéguin» se reduce a un romance cualquiera.

Un tropiezo muy común es el linaje noble de Pushkin; su apego a las bellas tradiciones de la nobleza, cuya decadencia lloraba sinceramente; de aquí una deducción lógica, que Pushkin era un aristócrata. Un ruso, leyéndolo, tiene ganas de gritar de indignación, ya que entre todos los escritores rusos no existe un demócrata más sincero ni más cumplido; ninguno está más cerca del pueblo; ninguno lo trata más de igual a igual que Pushkin; ninguno es más popular en el gran, en el verdadero sentido de la palabra. Entonces, ¿en qué consiste el error si una y otra afirmación son ciertas? En la falta de una precisión, que cambia radicalmente el sentido de la palabra aristócrata: Pushkin fué un aristócrata de espíritu, pero, como un ruso empedernido, lo fué dentro de la masa popular, y eso también espiritualmente se entiende.

Hay críticos que van aún más lejos, insistiendo en

que Pushkin menospreciaba al pueblo, tratándolo de «populacho». Lo dicen sin darse cuenta de que la palabra *populacho* fué usada por Pushkin en relación con una época en que el modo de hablar le obligaba a usarla. Claro que hay que conocer a fondo a la Rusia de antaño para darse cuenta de aquella sutileza. Y si Pushkin pasó toda su vida bajo la custodia de la policía zarista, no fué probablemente porque menospreciaba al *populacho*. Al contrario, los que él menospreciaba eran la alta sociedad y los cortesanos, a los cuales no se cansaba de castigar en sus sátiras y epigramas.

En cuanto al pueblo, Pushkin tenía una conciencia cabal de su unión espiritual con éste, y, en una poesía admirable, escrita el 21 de agosto de 1836, es decir, cinco meses antes de su muerte, y conocida bajo su epígrafe «*Exegi monumentum*», afirmaba haberse erigido un monumento espiritual; que la senda que a él llevaba estaría siempre trillada por el pueblo; que en su lira bendita el alma sobrevivirá a la ceniza; que la voz popular hará correr su nombre a través de la Rusia entera; que le nombrará toda lengua existente en su inmensidad; no sólo la del eslavo, sino la del finés y la del kalmuco y la del tunguso todavía salvaje; que el pueblo le querrá porque su lira, despertando buenos sentimientos en un siglo despiadado y cruel, glorificaba la libertad y llamaba la misericordia sobre los caídos. Y el poeta acaba dirigiéndose a su musa, rogándola

ser obediente al mandamiento de Dios, de no temer la ofensa, de no exigir laureles, de aceptar indiferentemente la alabanza y la calumnia y de no discutir con el tonto.

Ignoro si hay algo semejante en la literatura mundial: afirmar que aun los tungusos, todavía salvajes, lo van a leer y admirar; afirmar que la senda que conduce a su monumento espiritual nunca se cubrirá de hierba, es algo que nos hace pensar que el hombre tenía de su popularidad una idea que sobrepasaba el orgullo humano vulgar, que tenía en sí algo de divino, una chispa de previsión genial que planea por encima de lo común. Y en esta poesía no hay ninguna alusión al reconocimiento oficial o académico; Pushkin veía su triunfo en un plano tanto más popular y tanto menos oficial y académico cuanto que, la última palabra: «no discuta con el tonto», es una flecha aguda dirigida al corazón de la gente altamente colocada, y que por reciprocidad envenenaba la existencia del gran poeta.

Y no hay por qué maravillarse de que ninguno de nuestros grandes escritores haya sido tan ruso como Pushkin, en el sentido ideal de la palabra, ya que no me parece fácil el serlo. Un ruso de verdadera estirpe —física y espiritualmente— tiene que compartir los sentimientos, preocupaciones, alegrías y padecimientos de Pushkin. Transplantado aquel axioma al terreno contemporáneo, aquel ruso tendría que alojar en su corazón a los rojos y a los blancos, indiferentemente; llo-

rar la gran equivocación que los llevó a una lucha sin cuartel y ver en la unión espiritual de sus conciudadanos divididos la única panacea contra los males que afligen actualmente a Rusia y, con ella, al mundo entero. ¿Quién, en los campos opuestos, es capaz de hacerlo, es decir, de profesarlo sin una sombra de hipocresía y abiertamente? Creo que nadie...